

Y ve después que á Palaciano un día,
gente enviada por él aprisionaba,
y dudando de aquello que veía,
quería persuadirse que soñaba.

Con la magia cruel del espejismo,
de su antiguo baldón la infamia crece,
y viendo la deshonra de sí mismo,
de vergüenza su pecho desfallece.

Y la extensión cruzando del vacío,
se aleja hasta de sí con loca prisa,
sintiendo de la fiebre el calofrío,
que acaba siempre en convulsión de risa.

Y llevando de nuevo hacia otra esfera
la triste historia de su amor eterno,
húfa con terror, como si huyera
rozando con los bordes del infierno.

ESCENA XVII

LA VERDAD DE LO QUE SE PIENSA

LUGAR DE LA ESCENA: *Debajo y cerca del cielo*

PERSONAJES: HONORIO.—EL DANTE.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Subiendo Honorio de la región donde se ve todo lo que se hace, se encuentra en otra región donde se penetra todo lo que se piensa.—Allí, entre otras cosas, ve el siguiente último sueño del Dante.

El Dante, poco antes de morir, sueña que vive Beatriz, y que sus enemigos, los güelfos, le encierran en la Torre del Hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan á Beatriz, haciéndola morir en un cadalso. Al ver el tormento y muerte de Beatriz, el Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caída, muere, despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, á Beatriz.

Después Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la región del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuelve á bajar á la esfera donde se ve todo lo que se hace.—En esta región ve la imagen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano; y por no verlo, baja Honorio á la esfera donde se oye todo lo que se dice.—En esta última región oye la oración que Palaciano eleva á Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hacia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y á cada paso
sus ojos con valor rápidos miden
las etéreas regiones, donde acaso
las suertes de las almas se deciden.

Y llega de dolor calenturiento,
á otra región más alta y menos densa,
donde abarcando el mundo el pensamiento,
penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,
que el globo desde allí le parecía
una mina de crímenes cargada
que á un rayo de verdad reventaría.

Viendo Honorio á la luz de la evidencia
la secreta intención de las acciones,
que es en el mundo, advierte, la existencia
un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un día,
de las que falsas son, las verdaderas,
el hombre hacia los bosques correría
á disputar sus antros á las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,
no va el hombre á su hermano destrozando,
porque en pos la mentira va, piadosa,
las garras de los tigres afelpando.

Y un día Honorio con dolor repara
el gran remordimiento y la agonía
que revelan los pliegues de la cara
del padre de la ardiente poesía.

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE

En su lecho, al morir, Dante reposa,
y en vez de descansar, sueña el poeta:
una visión terrible y espantosa
con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa á Beatriz soñaba,
y que, puesto en prisión por gibelino,
para verla, á la reja se asomaba
de la *Torre del Hambre* de Ugolino.

¡Atroz remordimiento! Sueña el Dante
que en la Torre del Hambre se le encierra
para hacerle sufrir la más punzante
de todas las angustias de la tierra.

Entre unos güelfos, de furor beodos,
mira á Beatriz llorando tristemente,
y sufre en uno los tormentos todos
que hizo él sufrir en la *ciudad doliente*.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo
un llanto de sus párpados, que ardía,
mirando á un pregonero que, leyendo
la sentencia fatal, así decía:

—«Aunque es tan sólo el gibelino Dante
un loco que escribió lo que soñaba,
hoy vengarán los güelfos en su amante
cuanto hizo padecer á los que odiaba.

»Cual vampiro, las tumbas escarbando,
fué exhumando cadáveres, y luego
las frentes de los güelfos señalando
con luz de infamia y rótulos de fuego.

»Que sufra el Dante en el dolor de aquella
que sus cantos de furia le inspiraba;
muera en su nombre ahorcada la doncella
que, aun niña y sin amor, ya le adoraba.

»Él al infierno condenó inclemente
cualquiera papa ó rey, siendo enemigo:
quien hizo padecer injustamente,
que sufra justamente igual castigo.

»Vea el Dante expirar, desesperado,
el solo aliento de su vida entera;
y siendo en Beatriz ajusticiado,
ya que á hierro mató, que á hierro muera.»—

Viendo el Dante el patíbulo afrentoso,
de la tarde á los últimos reflejos,
—¡Malditos güelfos!—murmuró furioso,
pensando en alta voz como los viejos.

Y al ruido de los güelfos, que aplaudían,
de su sueño juguete desdichado,
vió que al cadalso á Beatriz subían,
sudando el Dante, y á la vez helado.

Armados ya con el dogal, rompieron
las gasas de aquel cuello, á cuyo broche
sólo á tocar ocultas se atrevieron
las alas de las brisas de la noche.

Y al cuello de Beatriz á echar se atreve
un sayón el dogal con insolencia,
sin el santo respeto que se debe,
mas bien que á la virtud, á la inocencia.

Dante su cárcel con furor recorre,
y—¡Oh Ugolino! ¡Ugolino!—repetía;—
fué un delito de paz, en esta torre,
tu muerte, comparada con la mía.—

Mirándola otra vez, sacude airado
los hierros de la reja en que se asoma,
viendo ya negro el circulo azulado
que rodeaba sus ojos de paloma.

La turba de los güelfos aplaudía,
viendo al Dante rugir como una fiera;
y en tanto el pregonero repetía:
—El que á hierro mató, que á hierro muera.—

De venganza tan vil, á Dios clamaba,
la maldición mezclando con el ruego,
el hierro de la reja en que miraba
escaldando con lágrimas de fuego.

Y un no sé qué mirando de hito en hito,
—¡Dame ahora—gritaba,—patria mía,
más llanto que verter, ya que, proscrito,
te he dado cuantas lágrimas tenía!—

Beatriz, rompiendo de la vida el yugo,
la vista alzaba de la misma suerte
que quien pide perdón para el verdugo
en la hora postrera de la muerte.

Y después que ella espira, él ve espantado,
yendo y viniendo en tenebrosos giros,
de espectros el patíbulo erizado,
de perros vagabundos y vampiros.

Y al verlos repartirse en son de guerra,
de Beatriz los miembros destrozados,
cayó rendido, quien infierno y tierra
de venganza y terror dejó agotados.

Vuelto ya en sí, su sangre cual torrente
por sus arterias rápida corría,
y contra el suelo se estrelló la frente
cuando vió, sin morir, que ella moría.

Y soportar el Dante no pudiendo
el golpe atroz de su mortal caída,
á un tiempo despertándose y muriendo,
despertó, despertando en la otra vida.

Y ya en la vida eterna, al fin vió Dante
que su alma soñó lo que temía;
y encontró á Beatriz, cuyo semblante
hacer palidecer al sol podría.

Por caminos de luz va de la que ama
el Dante en pos, con el anhelo mismo
con que asimos en sueños una rama,
creyendonos lanzados á un abismo.

Y—¡He sufrido, al morir—la dijo,—tanto!...—
Y contestó Beatriz, de gracia llena:
—«Ya vi que á punto de morir de espanto,
al fin tu sueño te mató de pena.

»Tú, al castigarte en sueños, iracundo,
el odio que has sembrado recogas.
Para aquel que obra mal en ese mundo
no hay bellas noches ni serenos días.

»Hoy conmigo vendrás al paraíso,
pues sentiste al morir remordimientos:
así purificar el cielo quiso
tu alma de culpables pensamientos.»—

Dijo al Dante Beatriz, y lo guiaba
por la región de las celestes brisas,
y el horror de su sueño disipaba
vertiendo en derredor santas sonrisas.

La mística ciudad, por fin, tocando,
con la actitud de un Dios sin resplandores,
entró en el cielo el que vivió soñando
en la eterna *ciudad de los dolores*.

Desde aquel sitio Honorio, en su presencia,
los hombres y las cosas penetraba,
é intranquila al mirar tanta conciencia,
—¡Cuánto sueño del Dantel!...—murmuraba.

Y descorrido al ver el denso velo
que cubre el corazón, pensó aquel día
que es la mentira vil un don del cielo,
y una inicua virtud la hipocresía.

Mas luego, desdichado y siempre amante,
tornando, al fin, á su inmortal tormento,
de Soledad clavado en el semblante,
penetra de su hermano el pensamiento.

Y á desandar volviendo su carrera,
con sentimiento aquí, y allí con ira,
de la visión bajando hacia la esfera,
ve de color de sangre cuanto mira.

Y en un altar la imagen adorada
de Soledad columbra, y que profano
tiene en su rostro fija la mirada
de sus ojos amantes, Palaciano.

Y huye más, y huye más, y cuando el vuelo
hacia el lugar de la audición tendía,
oye Honorio que mística hacia el cielo,
de Palaciano una oración subía.

Nombrando á Soledad, oye que de ella
la eterna salvación, enamorado,
le pide á Dios, por el amor de aquella
que ha sido concebida sin pecado.

En boca de un rival le da aquel día
la oración por la que ama, tal martirio,
que era el furor con que á su hermano oía,
el rencor en el colmo del delirio.

Y vuela oyendo y el lugar buscando
en que la voz de Palaciano suena;
y parece, más que águila volando,
un león que sacude la melena.

Por los celos cegado, el aire hiende
con fiero amor é insólita arrogancia,
y hacia la tierra con furor desciende,
del sitio de la eterna resonancia.

Y ¿adónde vuela Honorio? ¿Adonde piensa
saciar la inextinguible idolatría
de una pasión feroz, á la que inmensa
la misma eternidad no saciaría!

ESCENA XVIII

JUSTICIA POPULAR

LUGAR DE LA ESCENA: *Una catedral*

PERSONAJES: HONORIO.—PALACIANO.—SOLEDAD.—PUEBLO

ARGUMENTO.—Honorio celoso, después de mirar al centro de la catedral, y ver la imagen de Soledad colocada en un altar, entra por el rosetón de la fachada, y empujando el águila de bronce que contenía el fuego sagrado, se repite la misma escena que ocurrió en la catedral de Valencia el día 21 de mayo de 1469, pues al bajar como entonces se acostumbraba, desde el cimborio, un águila echando fuego, saltó una chispa que hizo arder el altar, fundiéndose la plata que contenía, la cual corrió hasta la reja del presbiterio.—El águila en que se halla transmigrado Honorio es maltratada, presa y condenada á morir en una hoguera.—Después de quemada el águila, huye el alma de Honorio y bajando Soledad, se mete en la hoguera, en expiación de los pecados de Honorio, y sufre por él los tormentos á que estaba condenada.

Rápido, altivo, enamorado, ardiente,
sigue Honorio su vuelo infatigable.

Estar loco de amor es tan frecuente
como es lo natural inevitable.

Furioso, de la cima de los cielos,
bajó, como el que baja un precipicio,
llevado de la rabia de los celos,
que roe el corazón y turba el juicio.

De la gran catedral ya frente á frente,
al bajar de las zonas superiores,
ve que de luz vomitan un torrente
las ventanas de vidrios de colores.

La voz de Palaciano en lontananza
solemne desde el púlpito retumba,
y Honorio, para oírle, el rostro avanza,
cual máscara exhumada de una tumba.

Hacia el altar que brilla esplendoroso
y es el blanco de ardientes oraciones,
Honorio un no sé qué de misterioso
ve, ahogado por sus mismas pulsaciones.

Entre la luz inmensa que fulgura,
á los ojos de Honorio se presenta,
igual á Soledad, una escultura
que como el sol sobre el altar se ostenta.

De ella esculpir las púdicas facciones
Palaciano mandó, devoto y tierno,
y él con ojos lo ve cual los tizones
que enciende Satanás en el infierno.

Y clavando en la imagen su mirada,
tanto ó más que celoso, sanguinario,
por el gran rosetón de la fachada
hasta el fondo voló del santuario.

Dejan á Honorio, al penetrar, á obscuras
de unas luces sin fin los resplandores;
mas ve en torno después las mil figuras
de ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdían
vió, no sé si en quietud ó en movimiento,
que del suelo á la bóveda subían,
bajando de la ojiva al pavimento.

Y vió que por las naves se enlazaban,
corriendo en variedad inagotable,
dibujos y calados que imitaban
tejidos de un valor inponderable.

Todo el genio del arte, en savia ardiente,
por ramos y molduras se extendía,
y la masa de piedra, transparente,
bajo el cincel su pesadez perdía.

Y cual grita al salir, exorcizado,
del cuerpo, Satanás, de algún maldito,
oyó el pueblo en la iglesia congregado
un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,
el vulgo, embelesado y de fe ciego,
bajando del cimborio contemplaba
otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma
sobre el altar esta águila humeante,
y lanzado ya el rayo, Honorio toma
un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera
va de un ángulo á otro ángulo corriendo
que al calcinar la llama la madera,
funde la imagen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;
mas pronto, derretido el gran tesoro,
del presbiterio hasta la reja corre
de un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,
tanto la imagen deshacer quería,
que hasta el oro en fusión que iba corriendo,
quemándose las alas, esparcía.

Cuando ya en humo el águila altanera
vió convertida del altar la gloria,
el rico timbre de su voz guerrera
la alegría expresó de la victoria.

Entre la rabia y el terror que pasma,
no sabe el pueblo, en su opinión incierto,
si es aquel monstruo un águila, un fantasma,
ó un demonio tal vez que lleva á un muerto.

Le ve, le acosa, y destrozarle quiere,
y rindiendo á aquel Hércules alado,
por más que grita y que amenaza y hiere,
queda á golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rabia en el delirio,
le arrastra sin piedad, y antes que muera,
le impone, al fin, por último martirio,
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
celebrando el tormento merecido,
lanzan gritos de horror y maldiciones
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando
entre la hoguera en que cayó jadeante,
mientras se iba entre el humo levantando,
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa
la hoguera y los sayones, sobre el mundo
va arrojando una histérica sonrisa,
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
bajar desconocido un meteoro,
desciende Soledad, y entra en la hoguera
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,
cual mártir voluntario se atormenta,
y al cielo el rostro con dolor volvía,
como diciendo á Dios:—Ténselo en cuenta.—

Tranquilo el corazón, el alma pura,
santa redime al obcecado amante;
y brilla más al fuego su figura,
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,
triste y alegre Soledad tenía
los ojos impregnados de tristeza
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,
cuanto sufre por él, tanto ella goza,
obrando generosa cual las plantas,
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
pues sucede á menudo que la ira,
por quemar á un demonio, á un ángel quema.

JORNADA CUARTA

ESCENA XIX

LA TRANSMIGRACIÓN Á UN HOMBRE

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano*

PERSONAJES: LOS DOS HONORIOS

ARGUMENTO.—El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un joven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
vive feliz un joven en clausura,
alma de fe, de paz, y de contento,
de inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño
le confirmó el obispo Palaciano;
recuerdo inolvidable del cariño
que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
sólo en las ciencias su pasión encierra,
como una de esas almas resignadas
que jamás se confían á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,
sus mejillas y labios sonrosados;
limpia y blanca, su frente parecía
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,
de niebla el brillo de sus ojos cubre,
como la escarcha los retoños hiela
de los últimos soles del Octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
pues, de pronto, esta noble criatura
presiente que á su espíritu de nieve
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
sobre la vida, el joven, que ha gozado,
¡fatal resurrección! siente otra vida.